

Juventud errática

Camilo de Lelis nació el 25 de mayo de 1550 en Bucchianico di Chieti, en los Abruzos, que entonces formaban parte del reino de Nápoles. Su padre era militar y sentía una irresistible pasión por el juego, en el que perdió todos sus bienes. La pasión por el juego y el deseo de aventuras contagiaron también a Camilo. El muchacho, vivaracho y rebelde, aun pudiendo acudir a una escuela privada, apenas aprendió a leer y escribir. Empezó la carrera militar como mercenario de Venecia y España, y estuvo en Zara, Corfú, donde contrajo el tifus, Kotor y Túnez. No fue un gran soldado, ni nunca se vanaglorió de las hazañas realizadas. Decía más bien: «Fui un soldaducho». El ideal de una guerra «indulgenciada» contra los turcos no parece que lo motivase demasiado. Lo animaba más el salario que percibía regularmente y que, con la misma regularidad, fundía en el juego, empeñando incluso la espada, el cebador de la pólvora, el manto y la misma camisa. Para sobrevivir se vio obligado a tender la mano en la puerta de un convento capuchino en Manfredonia.



Convertido, descubre su camino

Se convirtió en 1575, a los veinticinco años, en el camino entre San Giovanni Rotondo y Manfredonia. Pide luego hacerse capuchino y entra en el noviciado de Triento (Campobasso), pero se ve obligado a dejarlo -en dos ocasiones- a causa de la reapertura de una llaga en el pie, que ya en 1571 lo había obligado a internarse en el hospital de San Giacomo degli Incurabili en Roma, donde había sido acogido como sirviente. Más tarde Camilo afirmaba: «Ya que Dios no me ha querido como capuchino ni en ese estado de penitencia, es signo de que me quiere aquí, al servicio de estos pobres enfermos suyos». Y añadía: «Primero Dios y después esta pierna llagada han fundado esta religión; si no, yo habría muerto capuchino». Aquella llaga, que Ciatelli califica de rara y extraordinaria, lo llevó al hospital, descubriéndole el valor y la urgencia de la asistencia a los enfermos.

Situación crítica de la asistencia hospitalaria

En aquella época existía una urgente necesidad de reforma de la asistencia sanitaria, aunque no faltaran monumentales y grandiosas estructuras para curar a los enfermos, como el Santo Spirito en Roma, al amparo de la Santa Sede (1201), o la Ca' Granda en Milán. El mismo visitador denunciaba graves e ilícitos abusos administrativos, la decadencia moral de los religiosos del Santo Spirito que ostentaban los puestos clave, y la

incapacidad del administrador que, pese a su condición de monje, llevaba una vida principesca y se desinteresaba de los enfermos. Cuando el visitador redactó este despiadado informe, Camilo, con un grupo de compañeros, iniciaba su obra en el Santo Spirito a título voluntario. No era inexperto en el cuidado de los enfermos. Ya había trabajado en San Giacomo degli Incurabili en Roma.

No sólo entrega sino también reforma

En el primer período de su acción en el Santo Spirito, Camilo redactó un esbozo de reglamento, que después cursó a la Santa Sede para la aprobación como instituto religioso. El texto se divide en dos partes: la primera configura a la naciente congregación según los modelos canónicos reconocidos; la segunda, en cambio, bastante más original, lleva por título: «Orden y modos que se han de observar en los hospitales al cuidar a los pobres enfermos». Contrastando con los rudos y groseros modales de los que se ocupaban de los enfermos, Camilo exige como actitud de fondo la amabilidad de una madre: «Cada uno demande «gracia» al Señor para que le dé un afecto materno hacia su prójimo, ... ese afecto con que suele hacerlo una madre amorosa con su hijo único enfermo» (XXVII). El término *diligencia* se repite dieciséis veces en

las veinticinco «Órdenes» acompañado siempre por el de *caridad*. Otros términos del léxico camiliano son *afabilidad*, *amabilidad* (sinónimo de presteza y comprensión); *mansedumbre*, *respeto*, *honor*, por la dimensión espiritual de la vida, pues cada uno es objeto de la salvación traída por la encarnación de Cristo; y *desinterés*.

Reconocimiento y abundantes vocaciones

El reconocimiento de la Santa Sede no se hizo esperar y comenzaron a cumplirse las etapas previstas en estos procesos. El 29 de diciembre de 1600 Clemente VIII, con la bula *Superna dispositione*, ratificaría el instituto fijando sus objetivos y exigencias basándose en las experiencias adquiridas en los catorce años precedentes. Camilo murió el 14 de julio de 1614. Además de los *Ministros de los enfermos*, que -en la actualidad- son 1.100 repartidos por los cinco continentes, lo consideran inspirador y guía suyo las Ministras de los enfermos de San Camilo, y otras congregaciones femeninas. (Fuente, D. Casera)

Eco de la Liturgia

Oh Dios, que has enaltecido a san Camilo de Lelis con el carisma singular del amor a los enfermos, infunde en nosotros, por su intercesión, el espíritu de tu caridad, para que, sirviéndote en nuestros hermanos, podamos llegar seguros a ti en la hora de la muerte.